



Foro de debate



Ida Danciu

De Berlín a Madrid, hablando de una necrópolis cubana: entrevista a Antonio José Ponte

Antonio José Ponte (Matanzas, Cuba, 1964) es poeta, ensayista y narrador. En la actualidad vive exiliado en Madrid. Ha recibido el Premio Nacional de la Crítica en Cuba por *Poesía (1982-1989)* en 1991 y en 1995 por *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (Matanzas, 1985). Ha publicado también: *Trece Poemas* (La Habana, 1990), *Asiento en las ruinas* (La Habana, 1997), *Las comidas profundas* (París, 1997), *Corazón de skitaliez* (Cienfuegos, 1998), *Ramón Alejandro* (Francia, 1999), *Cuentos de todas partes del Imperio* (París, 2000), *Contrabando de sombras* (Barcelona, 2002), *El libro perdido de los origenistas* (México, 2004), *Un arte de hacer ruinas y otros cuentos* (México, 2005), *La fiesta vigilada* (Barcelona, 2007). Forma parte del consejo de redacción de la revista del exilio *Encuentro de la Cultura Cubana* desde 2001. Fue suspendido de la UNEAC en el año 2003.

Antonio José Ponte pertenece a la generación de los ‘novísimos’ de la literatura cubana, que se formaron dentro de la Revolución con la promesa y el deber ser del ‘hombre nuevo’. Como muchos que empezaron a escribir en la década de los ochenta, escogió durante el ‘periodo especial’ el camino al exilio. Hace tres años que vive en Madrid. La crítica literaria internacional aprecia a Ponte como a uno de los autores más prometedores de la nueva literatura cubana. En su narrativa, marcada por la genealogía generacional, convergen ficción y autobiografía, una estética barroca crítica y una perspectiva

arqueológica en torno a La Habana con sus edificios y discursos en ruinas.

Conocí personalmente a Antonio José Ponte en el año 2007 con motivo de la presentación en Berlín de la traducción al alemán de su libro *La fiesta vigilada* (2007), y de su colaboración en el documental *Habana. Arte nuevo de hacer ruinas* (2006), dirigido por Florian Borchmeyer. Desde entonces me asomé a la lectura de su obra, con ayuda de los libros y las informaciones que Ponte fue enviándome a Berlín. Si al decir de Borges el destino se cifra en el nombre, creo poder afirmar que otra cuerda de aquel puente que es Ponte se tiende hasta Berlín. Vuelvo ahora a aquel primer encuentro con Ponte, y a nuestro primer diálogo como punto de partida de esta entrevista:

Ida Danciu (ID): Después de una lectura que hiciste en Berlín, formulé una pregunta acerca del fracaso de la utopía del hombre nuevo. Me contestaste diciendo que el concepto del hombre nuevo era principalmente un problema pedagógico y que fracasó debido a la imposibilidad del proyecto, comparable con el intento de evangelizar a todo un pueblo, convirtiendo así una idea pervertida en un dogma. En *Un seguidor de Montaigne mira La Habana* (1985) creí haber leído un intento filosófico de plantear una perspectiva estética (y ética) individualista frente al dogma y sus efectos. Aunque recurre también a otros filósofos –entre ellos Buber, Kierkegaard– ¿fue la filosofía de Montaigne, la que mejor te sirvió para reclamar el derecho a la propia individualidad?

Antonio José Ponte (AJP): El concepto de hombre nuevo podría formularse principalmente como un problema pedagógico siempre que reconozcamos que es el Estado quien funciona como único pedagogo, y que ese propio maestro logra

hacer sofocante la idea de 'aula' desde el momento en que no puede salirse nunca de ella. Se trata entonces de una clase que no termina, y de un aula sin salida. La obtención del hombre nuevo presupone la solución del problema del mal, presupone que el mal sea totalmente exterminado de una sociedad. Y es necesario desconfiar de las soluciones totales aun cuando parezcan guiadas por razones excelentes, pues tales soluciones no pueden producir más que opresiones totales. Por supuesto, cuando tropezamos con un pedagogo con atribuciones sobre la vida (nacimiento del hombre nuevo) y la muerte (exterminación de todo el mal), puede hablarse ya de biopoder. Remitirme a Montaigne desde el título de uno de mis primeros libros constituyó para mí un gesto liberador. Liberador de forma, porque significó aspirar a un tono personal, íntimo, que echaba de menos en el ensayismo publicado en Cuba por entonces. Y, claro, liberador de pensamiento. Oponía la tremenda humanidad de un Montaigne (uno de los escritores por los que siento más curiosidad biográfica) a la inhumanidad robótica del hombre nuevo. A Montaigne podría calificársele del mismo modo que Georges Duhamel calificó a Erasmo (otro ejemplo liberador): 'Rey del pero'. Y, enfrentados a un mito totalizador como el del hombre nuevo, créeme que nada resulta más útil que una buena conjunción adversativa: 'pero'. En las páginas de ese libro mío cito a Kierkegaard y a Nietzsche por sus opuestas opiniones en relación con la historia contrafactual: Nietzsche a favor, Kierkegaard en contra. No recuerdo ya de qué libro saqué la cita de Buber, pero de vez en cuando releo los volúmenes que él dedicó a los maestros hasídicos. Son espléndidas narraciones.

ID: En varios artículos sobre la nueva narrativa cubana leí sobre la inscripción de los 'novísimos' en la tradición de la

literatura occidental. En cambio, las 'bur-las organizadas', como llamas en *La fiesta vigilada* a las medidas estatales contra la prostitución en Cuba, las realidades heterogéneas, los espacios de memoria y de sueños en tu literatura, los rasgos de lo fantástico, inician mi búsqueda de cuánto de Borges hay en Ponte. Otra investigación que para mí está pendiente todavía, es ver cuánto de Piñera, hay en la narrativa de Ponte, sólo para mencionar un punto de partida. ¿Son esas concesiones de tu parte a la tradición de literatura latinoamericana?

AJP: Yo hablaría de deudas, antes que de concesiones. Porque tiene algo de magnánimo quien hace concesiones, se rebaja desde alguna majestad. Y estar en deuda, en cambio, da una imagen más exacta, de agradecimiento angustioso, de carga agradecida que se sobrelleva. No me toca a mí calcular cuánto de Borges hay en lo que he escrito, pero sí que puedo dar testimonio de cuánto Borges ha habido y hay en mis lecturas. Él es, quizás, el escritor de lengua española que más he releído. Vuelvo a Borges para dar con la sabiduría de quien es capaz de repetirse y variar esas repeticiones, de un maestro de las variaciones. Y en cada vuelta a sus páginas encuentro pasión por el conocimiento, el ardor de la curiosidad. Si algo suyo podría caber en lo que escribo, quisiera que fuera eso: todo lo que nos impulsa, amorosa o amistosamente, a tratar seguidamente a alguien, a reconocerlo y, a la vez, a considerarlo inagotable. En menor grado, también soy un lector de Piñera. A propósito, por estos días leo las notas diarias de Bioy Casares sobre Borges, y aparecen varias menciones de Piñera. Alguna de ellas no muy halagüeña, por cierto.

ID: En la segunda mitad de los ochenta hubo dos proyectos generacionales, promovidos por 'novísimos', que desafiaron los poderes heterónomos e intentaron

un reajuste de los paradigmas político-culturales cubanos: PAIDEIA y *Naranja Dulce*. ¿Qué recuerdos tienes del grupo PAIDEIA y el suplemento cultural *Naranja Dulce*? En los documentos “Paideia I” y “Paideia V” presentados en *CubistaMagazine* aparece también tu firma.

AJP: Te resumo mis recuerdos sobre PAIDEIA. Al inicio se trataba de dos documentos: el primero de ellos hacía una crítica de la situación cultural y política del país; el segundo, proponía un programa. Yo estaba de acuerdo con la crítica, no con el programa. No creía necesario sustituir a una ortodoxia por otra. No veía alternativa suficiente en Gramsci, por decirlo rápido. De manera que pedí que incluyeran mi firma en el primero, pero no en el segundo. No firmé yo directamente, porque entonces estaba cumpliendo mi servicio social como ingeniero al oriente del país y sólo iba a La Habana por unos pocos días. Mi participación estuvo, pues, limitada por esa lejanía. Pero mi lejanía no sólo era geográfica, también estaba lejos de quienes dirigían el proyecto. Al final, el documento se hizo público con la unión de ambos documentos iniciales. Y apareció mi firma sosteniendo también el programa, sin que me avisaran de los cambios ocurridos. Los líderes resolvían por sí mismos el rumbo. Y si entonces no retiré mi firma, fue porque muchos las retiraban presionados por la policía secreta. Pero luego, viendo el rumbo que tomaba aquello, pedí a los líderes que no me tuvieran más en cuenta. Ya para entonces ellos obligaban a los encartados a estudiar los textos de Gramsci y otros textos en círculos de estudio. Y al lector por la libre que soy le repugnaron aquellas lecturas forzadas, aquellos deberes. Amén de mis diferencias políticas: nunca creí que la revolución o el socialismo o lo que hubiese en Cuba pudiera perfeccionarse hasta dejarme satisfecho. Participé de la fundación

de *Naranja Dulce*, y también de allí preferí irme. Porque ese proyecto estaba bastante relacionado con PAIDEIA, y allí tropezaba (en los pocos números que se hicieron) con la misma inflexibilidad de cierta gente. No creo, sin embargo, que ambos fueran hechos espurios, o que no valieran la pena. Sirvieron como protesta y como síntoma de esos años.

ID: Hay una serie de alegorías políticas de la realidad cubana de los años noventa en tu novela *Contrabando de sombras*, como lo revelan el “Ministerio de la Guerra después de la Guerra” o la participación del protagonista Vladimir en un grupo de acción cultural en el pasado reciente. ¿Intentaste alguna vez publicar *Contrabando de sombras* en Cuba?

AJP: Ya desde algunos años antes, desde la publicación de *Las comidas profundas*, me había prometido no exponer libro mío a ningún comisario político. Mientras avanzaba en la escritura de un libro habría sido desalentador imaginar como primer lector a un comisario, no importa cuál fuera su veredicto. Pero debo confesar que, aunque ya para entonces sólo publicaba mis libros fuera de Cuba, continué entregando reseñas a algunas revistas habaneras, pues creía útil llamar la atención sobre ciertos libros, y criticar otros que sólo recibían elogios.

ID: En *Contrabando de sombras* se señala que Vladimir se encuentra ante una decisión: “Subir o no a la barca”. El dilema que describes en *La fiesta vigilada* —de quedarse en el extranjero o volver a Cuba— ¿era igualmente una decisión entre la libertad y la felicidad? ¿Es La Habana una musa a pesar o, mejor, a causa de sus ruinas?

AJP: Los dos protagonistas de *La fiesta vigilada* (Vladimir y el innominado, que podría confundirse con el autor) se enfrentan a dilemas. La libertad tal vez sea el único dilema de ambos. Ser libres,

cumplirse como individuos, procurar ser ellos mismos. Tal vez en esto resida todo lo que desvela a esos personajes. Vladimir tendría que rebasar el pasado que vuelve en oleadas. El protagonista del otro libro tendría que marcharse al extranjero. En cuanto a La Habana... La Habana es un problema, un montón de problemas, una problemática, antes que una musa.

ID: El cementerio es según Foucault un lugar heterotópico, una ciudad otra. ¿Es *Contrabando de sombras* una novela anti-utópica en la que se narra una tétrica práctica de la persecución y el castigo a los que se alejan de una sexualidad normativizada ?

AJP: Tengo este recuerdo de la época en que escribía *Contrabando de sombras*: el cartel que debería identificar al mayor cementerio habanero apuntaba hacia la ciudad. Decía “Necrópolis” y dirigía su flecha no hacia adentro, sino hacia fuera de los muros del cementerio. Espero no haber incluido este detalle en la novela, porque la realidad soporta mejor las malas metáforas que las páginas que escribe uno. En cualquier caso, una equivocación como ésa resulta sumamente locuaz. En efecto, el cementerio puede ser un espacio al cual escapar de las férreas leyes de la ciudad. Sin embargo, esa escapada ocurre dentro de los límites de la ciudad. Y mientras más se huye, más se adentra uno en aquello de lo que huye. No hay, pues, escapatoria. Y fue por eso, entre otras razones, que escogí un cementerio como espacio de la novela.

ID: Si es así ¿Es un capítulo que acontece en el pasado?

AJP: Escapar del presente dentro de un cementerio debería conducir inevitablemente al pasado. Pero los personajes de ese libro buscan allí algo más.

ID: En *El libro perdido de los originistas* (2004) escribes acerca de la variante hipocondríaca de la censura: la auto-

censura. ¿Te ha limitado a ti mismo esta variante en tus escritos?

AJP: *El libro perdido de los originistas* recoge ensayos escritos a lo largo de quince años. Ensayos que versan sobre el mismo grupo de autores. Pura obsesión, tal como comprendí el día en que me propuse hacer con ellos un libro. Y en el prólogo reconozco haber hecho, a la larga, un volumen abiertamente político. Para ello tuvo que pasar más de una década, tuve que vencer ciertas precauciones. Todo lo cual, para no ser eufemístico, cabría calificar de autocensura.

ID: En *Contrabando de sombras* se pierde un libro que contiene un capítulo oscuro de la historia. ¿Es eso en alusión a la barca de la inquisición, una especie de leyenda negra de la política sexual en Cuba? El sueño de Vladimir, en el que la barca de la inquisición se transforma en un camión de policía, transpone la pesadilla en la realidad y fuera del pasado nos coloca en el presente. ¿Es esto realista o es la descripción de un trauma? ¿Es en verdad en Cuba la homosexualidad todavía un tabú, todavía después de *El lobo, el bosque y el hombre nuevo* (1991) de Senel Paz y, en particular de su trasposición cinematográfica en *Fresa y Chocolate*, que además fue un éxito como pieza teatral en La Habana ?

AJP: En mi libro de ensayos *El libro perdido de los originistas* junté un par de episodios narrados por José Lezama Lima y Eliseo Diego, dos escritores agrupados en torno a la revista *Orígenes*. En el relato de uno y en la novela del otro se pierde un libro de suma importancia nacional, un gran libro sapiencial, una *summa* cubana. La pérdida de esos dos libros acarrearía desmemoria para toda una cultura. A diferencia de estos dos ejemplos, el libro que se pierde en *Contrabando de sombras* resulta mucho más modesto. No se trata de un manuscrito, sino de un libro impre-

so, y habrá otras copias. No se pierde con él todo un sistema. Y, respondiendo a tu pregunta sobre la homosexualidad como tabú en Cuba, es sabido que en décadas anteriores hubo campos de concentración destinados a homosexuales, religiosos, *hippies*, seguidores del rock. Hubo persecuciones y expulsiones y encarcelamientos. Y actualmente coexisten una política oficial de adopción (Mariela Castro, hija del actual presidente cubano, es quien la lidera) y la antigua intolerancia de siempre. Por supuesto, es posible sospechar de cuán bienintencionadas sean las razones de Mariela Castro y su equipo.

ID: En “Un arte de hacer ruinas” y en *La fiesta vigilada* describes el fenómeno de la “estática milagrosa” que hace que las casas todavía se sostengan a pesar de que según las leyes elementales de la física deberían caerse. ¿Existe en realidad el tratado breve del profesor D. al que te refieres? (Otro libro perdido, del cual quedan fragmentos en tu narrativa.) ¿Es ésa la respuesta paradójica de la realidad por medio de la ficción a lo real maravilloso?

AJP: Entre los urbanistas existe el término “estática milagrosa”, que alcancé a leer en una revista habanera de arquitectura. Un término muy curioso, que habla de la desesperación de los especialistas ante la burla de ciertos principios aceptados generalmente. Pues sólo una estática distinta a la que acostumbra a considerarse podría explicar la pervivencia de viejos edificios llamados al derrumbe. Sólo gracias a una milagrosa estática podrían explicarse tales violaciones a la ley gravitatoria universal, a la teoría de resistencia de los materiales... Lamentablemente, no existe el *Breve tratado de estática milagrosa* del cual hablo en ese cuento. Pero es un título hermoso, creo. Y a veces me dan deseos de convertirme en el profesor D. y componer un librito que pueda llevar ese nombre. En cuanto a lo real maravillo-

so, me parece una teoría de más corto alcance que las que contradicen esos viejos edificios todavía en pie. Y no me gustan muchas de las edificaciones construidas bajo sus principios. Me siento lejos de esas construcciones.

ID: En *La fiesta vigilada* problematizas la legitimación moral de los ruinólogos, como pretexto de doble sentido. La fascinación del espectador demuestra placer estético unido con perversión y cargo de conciencia. Escribes: “Aquel que halla deleite en ruinas habitadas cabe entre los espectadores de penas capitales, los visitantes de morgues y de anfiteatros anatómicos, los curiosos de incendios [...]. Pertenece sin dudas a la pandilla enamorada de la destrucción, a la Sociedad de Concedores del Asesinato” y “Todo ruinólogo [...] [d]a con una belleza martirizada, [...] macabra”. Escribiendo sobre las ruinas de La Habana, o guiando a través de las ruinas de La Habana, como en el documental *Nuevo arte de hacer ruinas*, le muestras al espectador la estética macabra y espeluznante de la catástrofe. ¿Solamente un habitante de las ruinas tiene el derecho de percatarse de su estética? ¿No excluyes a la vez paradójicamente a tus lectores de ese derecho? ¿No es el lector a la vez un turista virtual?

AJP: Creo que esa relación entre placer y culpa, entre apreciación y remordimiento, puede ser extensible a los lectores de *La fiesta vigilada*. Hablo de los lectores que no se sientan desalentados con la sección de libro que dedico a pensar eso que en alemán he visto llamar *Ruinenlust*, y cuyo equivalente no encuentro en lengua española. (Tampoco existe equivalente en español para el término francés *ruiniste*.) Ahora bien, todo esto resulta más problemático en el caso de quien encuentra belleza en la miseria que habita. Y es por ello que, en contra de los ejemplos de turista que pudiéramos encontrar por montones, a

mí me interesó la apreciación de las ruinas hechas por los británicos cuando sus ciudades fueron bombardeadas.

ID: En *La fiesta vigilada* emprendes un excursu filosófico sobre Walter Benjamin, quien cuenta que los relojes de las fachadas eran los blancos preferidos de los disparos revolucionarios de la Comuna de París. Aquí se abre una perspectiva mítico-teológica, en la que la lucha profana de la revolución que aspira a instalar permanentemente su victoria, se opone a Cronos, al divino y natural curso del tiempo. La revolución está estilizada como lucha profana de la nada contra Dios, de lo vacío contra lo perfecto. A través de esa referencia filosófica, le indicas a la revolución un lugar opuesto a lo sacral.

AJP: Cuando hablo de la lucha de la administración revolucionaria contra un dios, tal lucha debería entenderse como una teomaquia, como una batalla entre dioses. La administración revolucionaria no opera para desacralizar, para abrir una brecha profana en el tiempo sagrado. Por el contrario, la nueva casta sacerdotal procura sustituir a un dios por otro, expulsar a Cronos para entronizar en su lugar a la Diosa Revolución. Y hablo por tanto del proceso de domesticación de un dios, de cómo se doblega la fuerza salvaje del dios Tiempo hasta convertirlo en un animalito doméstico, en una mascota, en un bicho de compañía. La revolución es sagrada para sus seguidores. Y viene en mi auxilio este lema político que escuché tantas veces, que tantas veces vi en grandes caracteres, y que debo haber coreado alguna vez durante mi infancia: “Los hombres mueren, el Partido es inmortal”.

Ida Danciu ha trabajado sobre la narrativa de Antonio José Ponte y prepara actualmente su tesis de doctorado sobre la actual literatura cubana. Correo electrónico: valeda@googlemail.com.

Oniel Francisco Díaz Jiménez

Las campañas en la elección intermedia de 2009 en México. Contexto político-institucional y tendencias en las prácticas de campaña electoral

Introducción

Desde finales de la década de los ochenta México ha experimentado un profundo proceso de cambio electoral e institucional, el cual ha tenido importantes consecuencias para su sistema de partidos. El proceso de cambio político ha obligado a los partidos mexicanos a adaptarse al nuevo contexto electoral resultante de la transición desde un sistema de partido dominante hacia un sistema de partidos más competitivo y democrático. De manera similar a sus contrapartes en democracias avanzadas, los partidos mexicanos han respondido a los retos planteados por el cambio en el mercado electoral mediante estrategias y acciones de diversos tipos. Entre tales estrategias se encuentran los cambios en la estructura organizativa de los partidos y en las formas en cómo partidos y candidatos comunican sus mensajes al electorado con el fin de maximizar votos. Otras estrategias han estado orientadas a realizar cambios a nivel ideológico-programático así como a adoptar y promover diversos temas de políticas públicas. Otras respuestas estratégicas han implicado transformaciones en los mecanismos de selección de candidatos, y algunas más han consistido en promover reformas a la legislación y las instituciones electorales.

El presente artículo se enfoca en una de las estrategias mediante las cuales los tres partidos mexicanos más grandes —el

Partido Revolucionario Institucional (PRI), el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD)– se han adaptado al nuevo contexto caracterizado por una mayor competitividad electoral, relacionada con el cambio en sus prácticas y comunicaciones de campaña. Las campañas electorales se podrían definir como esfuerzos organizados realizados por *organizaciones de campaña* (partidos y candidatos) con el fin de ganar votos. Dichos esfuerzos o prácticas de campaña incluyen un complejo conjunto de estrategias, tácticas, técnicas y actividades tanto financieras como comunicativas, diseñadas, planificadas y ejecutadas con el fin de persuadir y movilizar al electorado.

Lejos de asumir una posición determinista que considera que los partidos y su rendimiento electoral son víctimas de condiciones estructurales totalmente externas a ellos, creemos que el comportamiento y las estrategias de campaña de los partidos y sus candidatos tienen importantes consecuencias respecto a su rendimiento electoral. En este sentido, cabe señalar que una buena parte de los trabajos recientes sobre democratización en México ha reconsiderado el papel de las organizaciones partidistas y de sus acciones estratégicas en el proceso de cambio político y electoral. De acuerdo con esta postura, los partidos responden al cambio electoral pero el electorado es también influido por las estrategias de los partidos. Por otro lado, aunque las campañas se han constituido, debido a procesos de modernización, movilización cognitiva y desalineamiento electoral, en un importante factor explicativo del comportamiento electoral en las democracias modernas, es importante reconocer que éstas son solo uno más de los factores que influyen en el resultado de una elección, y que tanto las estrategias de campaña como su impacto

en el electorado están, a su vez, fuertemente influenciados por el contexto político e institucional en el cual se desarrollan. En este sentido, examinaremos algunas de las consecuencias de la reciente reforma a la legislación electoral en materia de financiamiento y regulación a partidos y de las campañas realizadas en 2007-2008 en las estrategias y tácticas de campaña en la elección intermedia de 2009 en México.

Tendencias en las prácticas y estrategias de campaña

Dos temas son de gran importancia en análisis comparado de las campañas electorales, por un lado, los efectos de las campañas en el voto y por el otro, las prácticas y estrategias de campaña en sí mismas. Este trabajo sólo se centrará en las tendencias recientes en las prácticas de campaña en el contexto de la mencionada elección intermedia. Tales tendencias serán analizadas en relación con dos dimensiones relevantes identificadas en la literatura comparada sobre campañas. En primer lugar, el grado en el que las campañas están basadas en el capital (*capital-intensive campaigning*) o en el trabajo intensivo (*labour-intensive campaigning*). Las campañas basadas en el trabajo intensivo están caracterizadas por el contacto cara a cara entre candidatos y votantes y por prácticas de campaña tradicionales, tales como eventos públicos masivos (giras, mítines, caravanas), *door-knocking canvassing*, etc., así como por el amateurismo del personal debido al uso de voluntarios y trabajadores del partido para el trabajo electoral. Por el contrario, las campañas centradas el capital se caracterizan por su elevado costo debido al uso intensivo de medios masivos (principalmente televisión), de nuevas tecnologías de la información para la publicidad política y

de profesionales contratados (consultores políticos, casas encuestadoras y agencias publicitarias) quienes realizan importantes funciones y actividades de campaña antes realizadas por los trabajadores del partido y los voluntarios.

En segundo término, este trabajo se referirá al grado en que las campañas están centradas en los candidatos (*candidate-centred campaigning*) o en sus partidos (*party-centred campaigning*). Este aspecto está íntimamente relacionado con el nivel de centralización de las campañas, el cual se refiere al grado de control en la asignación de recursos a los candidatos por parte de la organización central del partido y hasta qué punto las autoridades partidistas controlan aspectos clave relativos al diseño, la planeación, el desarrollo y la evaluación de las actividades y comunicaciones de campaña en los distritos electorales. Las campañas centradas en los candidatos se caracterizan por el desplazamiento de la toma de decisiones respecto a los aspectos clave de las campañas arriba mencionados, hacia los candidatos y sus equipos de campaña así como a consultores y agencias externos a las organizaciones partidistas. Las campañas individualizadas no solo implican el que la organización, los medios y la agenda de la campaña estén centrados en los candidatos y no en sus partidos, sino también el que los candidatos tengan como principal objetivo la búsqueda de votos personales. Por el contrario, las campañas centradas en los partidos se caracterizan por el alto grado de control que estos ejercen respecto a los recursos tanto financieros como organizacionales necesarios para hacer campaña y en buena medida sobre las comunicaciones y actividades de la campaña misma. La dependencia de los candidatos respecto del partido es también evidente en aspectos tales como la definición en términos programáticos e ideológicos

de los temas de la agenda de sus campañas. La homogeneidad en cuanto a prácticas, actividades y mensajes de campaña es un indicador importante del grado de centralización de las campañas. En este sentido, la centralización implica un alto grado de estandarización de las actividades y comunicaciones de campaña en todos los distritos electorales, lo cual es posible gracias al uso de medios masivos y de nuevas tecnologías de la información y a que el diseño y la planeación de las campañas dependen, en su mayor parte, de la organización central del partido. Por el contrario, la descentralización y la heterogeneidad en cuanto a actividades, temas y mensajes de campaña entre candidatos de un mismo partido ocurren cuando las autoridades partidistas permiten que cada candidato y su equipo de campaña lleven a cabo sus campañas de acuerdo con sus necesidades y posibilidades en cada distrito.

Centralización de las campañas

Usualmente, los sistemas electorales de mayoría relativa tienden a incentivar prácticas de campaña centradas en los candidatos y, por el contrario, los sistemas de representación proporcional favorecen campañas más centradas en los partidos. Los sistemas electorales mixtos, por su parte, tienden a tener un efecto dual al promover mayor individualización en las campañas de los candidatos que compiten en los distritos uninominales (*single-member districts*) y campañas más centradas en los partidos para el caso de los candidatos que compiten en los distritos plurinominales (*multi-member districts*). Pese a que México posee un sistema electoral mixto, y aunque los estudios sobre campañas legislativas muestran que desde la época autoritaria hasta ahora, la mayor parte del *management* de los esfuerzos de campaña ha recaído

do en los candidatos, los partidos siempre han jugado un rol predominante en las campañas para elecciones intermedias para el Congreso, y se podría decir que éstas tienden a estar más centradas en los partidos que en los candidatos. Lo anterior aplica no solo en el caso de las campañas de los candidatos que compiten en los cinco distritos o circunscripciones plurinominales sino incluso también en las campañas de aquellos que compiten bajo el principio de mayoría relativa, en las cuales cabría esperar un mayor grado de personalización.

Lo anterior se debe, en buena medida, a la fortaleza de las organizaciones partidistas y a que en México se prohíbe la reelección inmediata, lo cual tiene como consecuencia el que los candidatos tengan pocos incentivos para cultivar votos personales. La no reelección impide que los candidatos establezcan un vínculo más fuerte y directo con su electorado ya que ellos no dependen tanto de los votantes como de sus partidos para poder continuar con sus carreras políticas. El predominio de los partidos en las campañas legislativas se ha visto reforzado aun más debido a la reciente reforma electoral, la cual, a diferencia de anteriores reformas que priorizaron cambios en el sistema y la administración electorales, se centró en modificar aspectos clave de la regulación y el financiamiento a partidos y campañas, tales como el modelo de acceso a medios, el cual estaba basado principalmente en la compra de publicidad política.

En el pasado, aquellos candidatos que disponían de recursos adicionales a los proporcionados por sus partidos, podían comprar tiempos en medios masivos para transmitir sus mensajes (*spots*) al electorado. Hoy en día, la nueva legislación prohíbe a partidos y a candidatos la compra de publicidad política. En su lugar, la ley provee substanciosos tiempos oficiales a los partidos, los cuales se distribuyen de

acuerdo al porcentaje de votación que éstos obtienen en la elección previa. El Instituto Federal Electoral, organismo encargado de la administración electoral, se encarga de distribuir los tiempos oficiales, y son las dirigencias de los partidos las que deciden como hacer uso de ellos.

En suma, la reforma electoral ha contribuido a un mayor control por parte de los partidos sobre los recursos tanto financieros como mediáticos necesarios para hacer campaña y, por lo tanto, a una mayor centralización de las mismas. En elecciones anteriores, los candidatos congresionales y sus equipos de campaña en los 300 distritos uninominales gozaban de mayor independencia respecto de sus partidos, para organizar, planificar y llevar a cabo sus campañas así como para atraer la atención de los votantes hacia su imagen personal, definir los temas de su campaña, realizar su propio plan y estrategia de medios etc. Ahora, tales prácticas se han visto, aunque no eliminadas en su totalidad, sí fuertemente limitadas por el nuevo marco regulatorio.

La centralización se hizo evidente en las campañas de todos los partidos relevantes en la reciente elección, pero principalmente en la campaña del partido gobernante Acción Nacional (PAN). Pese a que la campaña del PAN en la elección intermedia de 2003 también mostró un nivel importante de centralización, en esta elección el grado de influencia de la organización central del partido fue aún mayor ya que desde la dirigencia del partido se establecieron tanto la estrategia general, como los temas, y los principales lineamientos de la campaña.

Estrategias y tácticas de campaña

La estrategia del PAN consistió en convertir en votos los asuntos donde la administración del presidente Felipe Calderón

contaba con altos niveles de aprobación entre el electorado. El tema central de la campaña fue el que ha sido el tema principal de la administración de Calderón: el combate al crimen organizado y al narcotráfico. Conscientes de que el desempeño económico de las administraciones panistas no les era favorable como tema de campaña (y menos aun en un contexto de crisis económica global) los diseñadores de la campaña del PAN enfatizaron en sus spots y demás mensajes la política de seguridad pública y la política social del gobierno federal.

Pese a ser ampliamente criticadas como táctica electoral, las campañas negativas han tenido un impacto significativo en la definición de los resultados electorales en México desde la elección presidencial de 2000. El partido más beneficiado del uso de la publicidad de ataque ha sido el PAN. En pasadas elecciones, las campañas negativas de Acción Nacional demostraron ser un medio efectivo para restarle votos tanto al Partido Revolucionario Institucional (PRI) como al Partido de la Revolución Democrática (PRD) en las elecciones presidenciales de 2000 y 2006, en las cuales el PAN resulto vencedor. Debido, en gran parte, al conflicto pos-electoral que sobrevino a la elección presidencial de 2006, la nueva legislación prohíbe las campañas negativas en medios masivos, lo cual reduce significativamente su eficacia. Sin embargo, de manera paralela a los spots en medios electrónicos que enfatizaron la política de seguridad pública del gobierno federal y la necesidad de seguir apoyando al presidente en su cruzada contra el crimen, el PAN hizo un amplio uso de Internet para atacar al adversario que las encuestas mostraban como el favorito para ganar la elección, el PRI. El PAN busco restarle votos a su principal competidor con *spots* transmitidos a través de su *website* y de YouTube que enfatizaban el pasado auto-

ritario y corrupto del que fuera el partido dominante durante la mayor parte del siglo XX. Por su parte, la respuesta del PRI consistió en promover el voto económico retrospectivo entre el electorado mediante spots que enfatizaban temas tales como la crisis económica, el desempleo y, en general, el deficiente desempeño económico de la administración del Presidente, recordándole además a los votantes que el tema central de la campaña de Calderón en 2006 fue el de la generación de empleos. Cabe señalar que en la elección presidencial de 2000 la publicidad negativa del PAN lastimó efectivamente la imagen del candidato presidencial del PRI. Sin embargo, esta vez la estrategia no parece haber funcionado como en el pasado ya que el PRI gano la elección con un amplio margen. El PAN se vio relegado a ser la segunda fuerza política en el congreso y el PRD cayó a la tercera posición.

En general, se podría decir que las estrategias mediáticas del PRI y del PAN fueron bastante adecuadas. Sin embargo, al parecer, el partido más afectado por las nuevas restricciones a las campañas negativas ha sido el PAN. Además, como lo sostienen estudios recientes sobre la relación entre el estado de la economía y las campañas, suele ser bastante más fácil hacer campaña para aquellos a los cuales el tema de la economía les es favorable y más difícil para los que basan sus campañas en temas alternativos. En esta ocasión, el tema económico fue muy desfavorable para el PAN pero bastante propicio para el PRI. Por otro lado, en el caso del PRD, no pareció haber una estrategia electoral bien definida de acuerdo con el contexto económico.

Dinero y campañas electorales

Desde 1997, las contiendas electorales se han caracterizado por el creciente costo

de las campañas debido principalmente al uso intensivo de publicidad política en medios electrónicos. Pese a que uno de los objetivos de la reforma electoral fue el de disminuir el costo de las campañas debido al excesivo gasto en medios electrónicos, es discutible afirmar que el costo de hacer campaña ha disminuido substancialmente. Más bien, el gasto se ha canalizado, en el caso de algunos partidos (principalmente el PRI), hacia renovadas redes de patronazgo que involucran prácticas tradicionales basadas en el trabajo intensivo y de movilización clientelar. Aunque la eficacia de tales redes es substancialmente menor a la de aquéllas que, en el pasado, sostenían la dominancia electoral del PRI, éstas siguen siendo suficientemente eficaces para movilizar aquellos sectores tradicionalmente alineados al PRI en contextos de baja participación electoral como es el caso de las elecciones intermedias.

Aunque las limitaciones en el uso de la publicidad política en medios masivos y la reducción del financiamiento para campañas establecidas por la nueva legislación hicieron pensar a algunos analistas que los candidatos recurrirían con mayor intensidad que en el pasado al uso de Internet, esto solo ha sucedido de manera limitada y ha sido más en el sentido de la centralización de las campañas que en el de la individualización de las mismas. Aunque en comparación con anteriores elecciones, los partidos hicieron un mayor y más sofisticado uso de Internet, mediante *websites*, *blogs*, redes sociales, sitios web de alojamiento de videos, etc., el aun limitado acceso de la población a este medio ha impedido que partidos y candidatos lo utilicen de una manera más efectiva como en el caso norteamericano donde el amplio acceso a Internet y el régimen de financiamiento privado permiten que la web tenga un papel cada vez mas importante no sólo como medio de trans-

misión de mensajes políticos, sino también en actividades relativas al financiamiento de las campañas.

Un tema de particular interés en la literatura sobre campañas es el grado en que los candidatos han adoptado prácticas de campaña basadas en el capital, así como su combinación o contraposición con prácticas tradicionales basadas en el trabajo intensivo. En este sentido, quizás el éxito del PRI en la pasada elección se debió, en gran parte, a un mejor análisis del mercado electoral y a su modelo mixto de hacer campaña, el cual combina modernas técnicas basadas en el uso de medios masivos de amplia penetración con tradicionales estrategias de movilización de su base electoral basadas en el uso de sendas y renovadas redes clientelares y de patronazgo.

Conclusión

Recientes cambios en el contexto institucional han tenido efectos importantes sobre las prácticas de campaña de los partidos mexicanos. La reforma electoral de 2007-2008 ha favorecido una mayor centralización y un fortalecimiento del papel de los partidos en las campañas así como una menor personalización de las mismas. Por otro lado, quizás el nuevo marco regulatorio también ha incentivado el que los partidos reconsideren el uso de estrategias de campaña basadas en el trabajo intensivo incluyendo, desafortunadamente, prácticas clientelares de movilización del voto.

Oniel Francisco Díaz Jiménez es candidato a doctor en Ciencia Política y Relaciones Internacionales, en el Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la Universidad de Birmingham, en el Reino Unido. Correo electrónico: ofd771@bham.ac.uk.

Igor Vivero Ávila

Los partidos políticos mexicanos después de las elecciones de 2009: retos y perspectivas

Los resultados de las elecciones mexicanas de 2009, en las que estaba en juego la renovación total de la Cámara de Diputados, implicaron una modificación en la distribución del poder: el opositor Partido Revolucionario Institucional (PRI) y sus aliados en este proceso lograron controlar la mayoría, que ya poseían en el Senado, completando así su dominio en ambas cámaras del Congreso. El resultado limita al gobierno del presidente Felipe Calderón, del Partido Acción Nacional, para poder llevar a cabo su plan de gobierno, que incluye una serie de reformas, como la energética, la laboral y la fiscal, por citar sólo algunas. Además, en la desbocada carrera por la sucesión presidencial, este panorama le resta posibilidades reales de ser la figura política dentro de su partido que administre y conduzca las diferencias entre los aspirantes a la presidencia.

El pasado proceso electoral de julio invita a reflexionar sobre cómo fue posible la recuperación electoral para el PRI, qué implicó el resultado electoral para cada uno de los partidos que participaron, cómo se ha construido la estrategia de alianzas entre los partidos “fuertes” y los “emergentes” y, finalmente, si el sistema de partidos mexicano sigue siendo competitivo. Estos son los principales cuestionamientos que guían este ejercicio e invitan a la discusión.

Antecedentes

Según la constitución mexicana, la Cámara de Diputados se renueva total-

mente cada tres años. La elección es mixta, ya que 300 diputados son electos por mayoría en distritos uninominales y 200 por el principio de representación plurinominal (por listas). Como breve antecedente electoral, conviene subrayar que en México se empezaron a vivir elecciones competitivas a nivel federal a partir de 1988, donde por primera vez en la historia del Partido Revolucionario Institucional, partido dominante desde 1929 (que primero se llamó Partido Nacional Revolucionario y, posteriormente, Partido de la Revolución Mexicana), existió la posibilidad de que otra fuerza política desafiara su hegemonía electoral. El resultado de la elección de 1988 y posteriores sucesos políticos permitieron acelerar la transformación electoral con la creación de nuevas instituciones políticas.

Desde 1988 hasta 2006, el PRI fue disminuyendo paulatinamente su caudal electoral, comenzando por un 51,02 por ciento en aquel año hasta un 26,93 por ciento en 2006 (Instituto Federal Electoral). El descenso electoral del PRI, implicó mayor competencia partidaria. Así, el Partido Acción Nacional (PAN) y el Partido de la Revolución Democrática (PRD) fortalecieron sus estructuras electorales que les brindaron triunfos.

En el caso del PAN, éste creció electoralmente con un 18 por ciento de la votación en 1988 a casi el 40 por ciento de los votos en el año 2000, lo que le permitió ganar por primera vez la presidencia de la república, algo que se refrendó nuevamente en 2006, aunque esta vez con un porcentaje menor.

El PRD participó por primera vez en las elecciones intermedias de 1991 obteniendo alrededor del 8 por ciento de la votación y obtuvo su mejor resultado en las elecciones de 2006, donde consiguió el segundo lugar con el 36 por ciento de la votación (la diferencia entre el primer y

segundo lugar en esta elección fue menos de un punto porcentual).

Con la elección parlamentaria de 2009, donde el PRI obtuviera el 36,68 por ciento de los votos, se puede apreciar el repunte del PRI, respecto a la elección de 2006, para situarse como el partido con mayor votación. Aunque este resultado por sí solo no le dio el control automático de la mayoría en la Cámara de Diputados, puede alcanzarlo a través de alianzas con partidos minoritarios. El PAN y el PRD, en cambio, son los partidos que disminuyeron considerablemente su votación en esta última elección, pero sobre todo su presencia en la Cámara respecto a la Legislatura anterior. Para el caso del PAN, las elecciones muestran el desgaste de la gestión presidencial, con su poca efectividad para mostrar resultados, sumado a la crisis económica que impactó en la disminución del poder adquisitivo y la pérdida de empleos en un sector importante de la población mexicana. En lo que respecta al PRD, este partido vive uno de sus momentos de mayor división interna, entre su ex candidato presidencial Andrés Manuel López Obrador (AMLO) y la dirigencia del partido. Esta situación llevó a postular a militantes del PRD afines a AMLO por otras fuerzas políticas como el Partido del Trabajo (PT) y Convergencia (C).

La distribución del poder en la Cámara de Diputados

El PRI es el partido que siempre se ha beneficiado más en las elecciones para distritos uninominales de mayoría. Salvo en la elección de 2006, en todos los demás resultados ha quedado en primer lugar en estas elecciones. Esto es consecuencia de ser el único partido con una estructura nacional producto de sus más de 70 años de binomio “partido político-gobierno”.

En otras palabras, las particularidades de la legislación electoral mexicana han permitido una cláusula de gobernabilidad que beneficia al PRI. Para la última integración de la Cámara, con un poco más del 36 por ciento de los votos, el PRI tiene el 47 por ciento de la representación en el Congreso.

Este partido, sin hacer un ejercicio notable de transformación desde que perdió en el año 2000 las elecciones para la presidencia de la república, ha logrado mantenerse en la disputa por el poder. En 2006 tuvo su resultado electoral menos favorable, producto de las divisiones internas que causó la selección de su candidato presidencial. La sucesión presidencial es el talón de Aquiles de este partido en el sentido que, antes del año 2000, el presidente de la república emanado del PRI decidía quién lo sucedería. Al perder la presidencia, esta atribución se diluyó y hasta el momento, los priistas no han construido un mecanismo que les permita dirimir los conflictos producto de la competencia interna para elegir a su candidato presidencial.

Lo que sí aprendieron, sin embargo, fue a construir alianzas con partidos emergentes que no cuentan con base electoral, como el Partido Verde Ecologista de México (PVEM), el cual funciona como una franquicia ofreciéndose al mejor postor. El acuerdo entre estas fuerzas políticas puede sintetizarse de la siguiente forma: al PRI, partido que obtiene más diputados por el principio de mayoría, se le asignan menos diputados por la vía plurinominal. Por esto, logró presentar candidatos en la lista del PVEM, a cambio de formar algunas coaliciones que le garanticen a este último partido votos para mantener su registro. Este acuerdo electoral tiene como incentivo tener acceso a los recursos públicos que permitan al partido seguir participando en la vida política

mexicana. La legislación mexicana señala que el partido que no obtenga más del 1,5 por ciento de los votos pierde su registro y, con ello, el cuantioso financiamiento público que otorga el Estado mexicano. Recordemos que en México, el 90 por ciento del financiamiento público es para los partidos políticos.

Por su parte, el PAN enfrenta varios retos para intentar mantenerse en el gobierno federal después de las elecciones de 2012. Por un lado, el partido no logró construir alianzas tanto en el plano electoral como en el ámbito legislativo. Aunque es lógico que los partidos de oposición en un sistema presidencial no quieran pagar el costo de aliarse al gobierno, el PAN no consigue ser un partido que apoye a sus gobiernos en el sentido de mantener sus logros electorales o tener una bancada legislativa capaz de tender puentes desde el Congreso con otras fuerzas políticas. Por otro lado, hay dos decisiones que, intuyo, llevaron al fracaso panista en la última elección. Primero, el afán del presidente Calderón de influir en las decisiones internas del partido, específicamente en la selección de líderes y candidatos. Esta facultad que tuvieron los presidentes priístas, no está ejercitada en la historia del PAN, lo que provocó que el presidente Calderón pudiera seleccionar al dirigente del PAN (Germán Martínez y posteriormente César Nava) al costo de divisiones internas en el partido. El PAN sigue pagando el costo de tener una curva de aprendizaje dilatada en el ejercicio del poder. Este partido, desde el año 2000 en que ganó la presidencia de la República, no quiso desarrollar otra forma de hacer política en México, es decir, mantuvo los vicios del sistema político no democrático (corporativismo, corrupción pública, censura) y se extravió en los laberintos del poder.

El caso del PRD se destaca por lo que ha sido la historia de la izquierda política

mexicana: las constantes divisiones internas que, con el paso del tiempo, llevan a la escisión. Este partido y su ex candidato presidencial no pudieron superar el resultado de las elecciones de 2006 donde quedaron en segundo lugar con menos de un punto porcentual de diferencia, es decir, se ataron al pasado y desaprovecharon la oportunidad que les brindaba el presente. Su decisión fue la de buscar al culpable de la derrota electoral afuera del partido sin querer reconocer que sus deficiencias internas contribuyeron a no ser exitosos en el resultado electoral de 2006 y así llegaron aún más divididos a la cita electoral del año 2009 con el ex candidato presidencial y su partido enfrentados. El conflicto fue tan serio que el primero buscó y logró concertar alianzas con otros partidos políticos, como el Partido del Trabajo y Convergencia, para incluir a sus allegados en candidaturas. Esto trajo como consecuencia que la llamada izquierda política mexicana no sólo compitiera internamente por las candidaturas, sino que, además de no tener el apoyo de los disidentes internos, saliera a la elección nacional con mas competidores que apoyos. El PRD es un partido que a lo largo de sus 20 años de formación, cada vez que pasa una elección busca el espacio de refundación. En otras palabras, su inconsistencia es una de sus principales limitaciones para crecer como organización política.

Si los tres principales partidos políticos en México tienen algunas de las limitaciones comentadas, los demás partidos –Partido Verde Ecologista de México (PVEM), Partido del trabajo (PT) y Convergencia (C)–, que nacieron en el período del cambio político de finales de los años ochenta, se destacan por ser franquicias políticas que no están dispuestas a desarrollarse como partidos políticos en el sentido de invertir en cuadros, construir ideas y argumentos propios. Estos partidos han

dejado pasar la oportunidad más importante por la que surge un partido político: convertirse realmente en agregadores de intereses sociales para la vida política.

De los partidos emergentes, el Partido Nueva Alianza (PANAL) tiene un origen y composición diferente en el sentido de que proviene del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación (SNTE), la organización más numerosa de América Latina con aproximadamente un millón doscientos mil afiliados. Esto le provee al partido una base electoral y financiera importante, por lo cual se vuelve un aliado muy atractivo para los partidos más importantes. Sin embargo, PANAL opera en las prácticas corporativas del sistema político mexicano, donde la discrecionalidad de los recursos y la verticalidad de las decisiones son sus pilares fundamentales.

Reflexión final

Finalmente, a la pregunta que se plantea al comienzo sobre si México mantiene un sistema de partidos competitivo, como se desprende de lo expuesto en este

ensayo, se puede argumentar que sí. No existe la hegemonía electoral que disfrutó el PRI durante más de 70 años. Incluso ganando la mayoría legislativa, el PRI necesita de otros aliados y tiene una competencia real con los otros dos principales partidos, el PAN y el PRD. Asimismo, la competencia electoral no implica que los partidos se comporten dentro de una lógica democrática al interior de sus organizaciones, más bien cumplen uno de los roles fundamentales de estas organizaciones: la búsqueda del poder. Vale la pena recordar que los partidos son fundamentales para las democracias representativas y dentro de ellas existen principios y valores que la conforman. La competencia entre partidos es un componente importante, pero este comportamiento no puede estar aislado de una de las funciones fundamentales de los partidos políticos: la capacidad de gobernar. En esto, los partidos políticos mexicanos han mostrado más sombras que luces.

Igor Vivero Ávila es profesor-investigador de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Correo electrónico: ivivero@yahoo.com.